

El lacayo abrió la ventana y se retiró.

Don Leonel, temblando abrió la caja, sacó el libro y comenzó á leer con ansia.

Aquel manuscrito, que él debia haber conocido algunos meses antes, y que entonces le hubiera sido tan útil, en aquellos momentos no venia sino á aumentar su afliccion.

Pasaban las horas, y Don Leonel absorto, no advirtió que la puerta de su aposento se habia abierto y que penetraba en él su hermano el Padre Salazar, el cual al verle tan entretenido, se llegó hasta el lecho y se detuvo á contemplarle sin interrumpir su lectura.

De repente Leonel alzó el rostro y miró á su hermano, se sonrió con él tristemente y le tendió la mano.

—Buenos dias, Leonel—dijo el Padre Alfonso:—¿te sientes mas tranquilo? Lo creo, porque te encuentro leyendo.

—¡Ay hermano! este libro es la historia de mi desgracia, porque encierra las Memorias de Doña Juana de Carbajal.

—¿Y qué has encontrado en él?

—La prueba evidente de que Catalina es hermana nuestra; es hija de nuestro padre.

—¿De manera que en eso no hay duda?

—No, hermano, y no podré decirte si es por fortuna ó por desgracia.

—Quizá sea por fortuna, y esto abra para tí las puertas de la felicidad y para Catalina las del cielo.

—¿Qué hay, pues, hermano mio? ¿qué hay? porque tú sabes que no puedo ser feliz cuando Esperanza es esposa de otro hombre.

—Grandes novedades han ocurrido hoy en el dia.

—Dime, dime.

—En primer lugar, te diré que tan luego como amaneció, mi padre se dirigió en busca de la madre de Catalina á

XXXVIII.

Cómo Don Leonel supo de Doña Esperanza, y lo que aconteció entonces.

Don Leonel estaba aún en la cama cuando el lacayo entró con la caja que le habia entregado Martin.

—Señor—le dijo.

—¿Qué quieres?

—Un caballero ha buscado á su señoría.

—He dicho que no quiero ver á nadie.

—Se ha ido ya.

—¿Entonces?

—Me encargó que le entregue á su señoría esto.

—¿Qué es?

—Una caja.

—Déjala por ahí.

—Agregó que era urgente que la viera su señoría.

—Dámela.

El lacayo se acercó y entregó la caja á Don Leonel.

Apenas la vió el jóven, la reconoció.

—Está bien; retírate y abre antes la ventana.

la casa de Don Pedro de Mejía; yo le acompañé, y nuestra pobre hermana se quedó en el aposento que le dispusimos anoche.

—¿Y qué hubo?

—En la casa de Mejía nos dijeron que no había nadie, que la madre de Catalina había salido desde la víspera con Don Alonso y su esposa.

—¿Su esposa! Dios mío! ¿y yo perdí esa joya? pero la ingrata, que se huyó de la casa de Martín para casarse con ese hombre! No, no debo pensar en ella.

—Mi padre quiso que fuésemos á buscar á esa señora á la casa de Don Alonso; llegamos allí, y nos dijeron que la esposa de Rivera no recibía á nadie, y que Don Alonso y Doña Catalina habían salido de la casa desde la víspera en la tarde y que nada se sabía de ellos.

—¿De manera—dijo Leonel—que Rivera no pasó la noche en su casa?

—No.

—¿No se sabe aún de él?

—No, ni de Doña Catalina.

—Vaya un misterio!

—Pues hay además una cosa horrible.

—¿Qué cosa?

—Ya de vuelta, encontramos un alcalde del crimen, acompañado de gentes de justicia y de mucho pueblo, que iban rumbo á la laguna; mi padre preguntó á un amigo que encontró entre los curiosos, lo que aquello significaba, y le contestó el otro que el alcalde había recibido un anónimo en que le decían que por aquel rumbo había cuatro cadáveres, y entre ellos el de una dama, que parecían de personas principales, cuyos cadáveres unos estaban enterrados y otros no; que el que hacía la denuncia los había visto, y no se

presentaba en persona porque no quería andar entre justicias.....

—¿Y crees.....

—Que quizá entre esos cadáveres estén el de Doña Catalina y el de Rivera.

—¿Pero por qué lo crees así?

—Por esa extraña desaparición.

—¿Y cómo sabremos?

—Muy fácilmente y muy pronto, porque mi padre en persona siguió al alcalde.

—¿Hace ya mucho de eso?

—Cosa de una hora, y no deben tardar, porque mi padre se fué en la carroza, é hizo montar en ella al alcalde y al escribano.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que penetraba en el patio.

—Ahí está—dijo Don Leonel comenzando á vestirse precipitadamente.

—Él debe ser—contestó el Padre Alfonso.

Dos minutos despues la puerta se abrió con violencia, y Don Nuño, pálido, desencajado, con el pelo erizado y casi sofocándose, penetró en la estancia y se arrojó en un sillal, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué teneis, padre mío?—dijo Don Leonel espantado.

—¡Oh!—exclamó Don Nuño como hablando consigo mismo—esto es horroroso, espantoso, increíble!

—¿Pero qué os pasa, señor?—preguntó el Padre Alfonso.

—¿Doña Catalina muerta, seguramente en medio de horribles tormentos, porque tenía los piés calcinados, y señales de cuerdas en las manos; Don Alonso de Rivera y Don Baltasar de Salmeron, enterrados vivos, segun se nota, hasta

la garganta, y un desconocido muerto en medio del incendio de una casa!

—Pero Rivera y Salmeron ¿salvaron?—dijo Leonel cediendo á un impulso de buen corazon.

—¡No! estaban muertos tambien.

—¡Qué horror!—exclamó el Padre.

—¿Y nada se sabe de los autores del crimen?

—Muy poco; parece que el hombre muerto entre las llamas de la casa, fué el que enterró á Don Alonso y á Salmeron, porque cerca de él habia algunos instrumentos de labranza llenos de lodo, y con yerbas de la misma clase que la que crece en el lugar en que fueron enterrados los infelices; además, él tenia el traje y las manos llenas de lodo, no estaba herido, y quizá el incendio de la casa en que estaba, seria providencial para castigar su crimen.

—¡Pero esto es espantoso!

—¡Horrible! ¿y quién seria ese hombre?

—Uno de los alguaciles dijo conocerle, y que es un famoso ladrón, llamándose Guzman.

—¿Y Doña Esperanza sabrá esto?—dijo Don Leonel.

—Es probable, porque en este momento no se habla de otra cosa en toda la ciudad; todo el mundo está aterrorizado.

—¿Y Catalina?—dijo Don Nuño.

—Es preciso impedir que le den la noticia, así, de repente; seria bueno ir la preparando—contestó el Padre Alfonso.

—¡Pobrecita! ¡cuán desgraciada es! yo me encargo de eso.

—Yo quisiera ver á Doña Esperanza—dijo Don Leonel.

—No lo creo prudente—contestó el Padre Alfonso;—iré yo, y le hablaré y procuraré calmar su dolor.

—Dices bien; pero vete pronto: en este momento está sola en el mundo.

—Voy, si lo creéis prudente, padre mio.

—Por supuesto—contestó Don Nuño;—anda, hijo mio, anda, y voy á consolar á mi hija.

El Padre y Don Nuño salieron, y Don Leonel quedó solo en su cuarto, acabando de leer las Memorias de Doña Juana Carbajal.

Cuando el Padre Alfonso llegaba cerca de la casa de Doña Esperanza, venia á lo lejos una gran multitud.

El Padre comprendió que traian allí los cadáveres, y se apresuró á entrar á la casa para impedir á Esperanza que atraida por la novedad, saliese á la ventana y mirase aquel espectáculo.

Un lacayo le detuvo en la puerta de la sala.

—¿Qué mandaba su merced, Padre?—preguntó.

—Deseo hablar con la señora.

—No quiere recibir, Padre.

—Es preciso que le avises siempre.

El respeto al clero era en aquellos tiempos tan grande, que el hombre no vaciló en quebrantar su consigna.

—¿Y qué quiere su merced que le diga?

—Díla que la busca su primo el Padre Alfonso.

—Voy corriendo; pase mientras su merced.

Comenzaba á sentirse ya el rumor de la gente que se iba acercando.

El Padre temblaba, porque creia que el lacayo no llegaba á tiempo.

Pero de repente la puerta se abrió, y Doña Esperanza, pálida y vestida de negro, entró y se arrojó llorando en los brazos de su primo.

—Sabe ya todo—pensó el Padre: y luego en voz alta,

dijo á Esperanza:—prima mia, habeis sido mi hermana; vengo á acompañaros en vuestra desgracia, y á procurar calmar vuestra pena, si es posible.

—Primo mio, mi mal es tan grande, mi desgracia tanta, que creo que no hay para mí consuelo sobre la tierra.

—¡Oh! leo en vuestro corazón, porque conozco vuestra alma.

—Si me comprendéis, compadecedme.

—¿Le amábais mucho?—preguntó el Padre, creyendo que Esperanza sabia la muerte de Don Alonso.

—Mas que á mi misma vida—contestó la jóven, pensando que el Padre aludía á Don Leonel.

—Pero Dios ha querido que no fuérais feliz; conformaos con su divina voluntad.

Esperanza se puso á llorar; la presencia del Padre Alfonso habia abierto de nuevo su herida.

—Conformaos, conformaos; y ya que sois cristiana, rogad por el que esperamos en Dios que le tendrá en su gloria.

—¿Cómo!—exclamó Doña Esperanza levantándose como loca—¿cómo! ¿es decir que ha muerto?

—¿No lo sabíais?—preguntó espantado el Padre Alfonso.

—¡Pero no! no! ¡decidme por Dios! ¿cuándo ha sido esto?

—Perdonadme, Doña Esperanza, si así os he dado la funesta noticia; pero creí que ya sabíais el suceso y que..... no le amábais tanto.

Doña Esperanza lloraba sin consuelo: en la calle se escuchaba el rumor de la inmensa multitud que acompañaba los cadáveres.

—¿Qué es eso?—preguntó Doña Esperanza, levantándose y dirigiéndose á la ventana.

—¡Oh! no salgais, señora! no os asustéis, por Dios! ese espectáculo os causaría la muerte.

El Padre Alfonso detenía á Esperanza, que pugnaba por acercarse á la ventana.

—¿Pero qué es? decidme siquiera.

—Señora, no os alarméis, porque debe ser su cadáver.

—¡Su cadáver! ¡gran Dios! ¡su cadáver!—y la jóven quiso avanzar, dió un paso y cayó desvanecida en los brazos del Padre Salazar.

Cuando volvió en sí, el fúnebre cortejo habia pasado y se alejaba.

—¡Leonel! ¡Leonel!—exclamó Esperanza.

El Padre Salazar creyó que deliraba, y no contestó.

—Decidme—le preguntó de repente la jóven—¿no me engañáis? ¿es verdad que Leonel ha muerto?

—Está como loca—pensó el Padre.

—¡Respondedme en nombre del cielo, señor! ¿Don Leonel ha muerto?

—Señora—dijo el Padre—no os he dicho yo eso.

—¿No me lo habeis dicho? entonces estoy loca: ¿entonces quién ha muerto?

—Señora—contestó el Padre, comprendiendo que habia allí alguna equivocacion—el que ha muerto es vuestro esposo, Don Alonso de Rivera.

El rostro de Doña Esperanza se trasfiguró; la negra nube que oscurecía su semblante, se disipó repentinamente, y sin pensar en que estaba delante de una persona extraña y que el muerto era su mismo marido, cayó de rodillas, y levantando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias!

El Padre la contemplaba absorto, y no se atrevía á interrumpir aquella oracion mental.

Por fin, Doña Esperanza se levantó grave, pero serena; tomando una de las manos de Don Alfonso, le dijo:

—Por Dios, señor; vos habeis sorprendido los secretos de mi corazon, y os ruego que no los descubrais á nadie: yo soy libre ante el mundo ya, como lo era ante Dios, porque ese matrimonio lo habia yo contraido obligada por la fuerza; pero Leonel no debe saber nada de esto, porque no es libre, porque ama á otra, y porque tal vez muy pronto se encuentre enlazado con esa Doña Catalina.

—Os engañais, señora, porque mi hermano no puede amar á esa dama, y ese matrimonio es imposible.

—¿Imposible decís? si yo sé que se aman, si los dos son libres.

—A pesar de todo eso, es imposible.

—¿Pero por qué? decidme.

—Porque Doña Catalina de Armijo, la viuda de Don Pedro de Mejía, es hermana mia y de Leonel; es hija de nuestro mismo padre.

—¿Hermana vuestra?—exclamó la jóven, enderezándose como impulsada por un resorte—¿hermana vuestra?

—Sí, señora; hija de nuestro mismo padre.

—¿Y Leonel lo sabe? ¿lo sabe?

—Sí, señora, lo sabe, porque nuestro mismo padre se lo dijo, y porque se ha confirmado en ello al leer las Memorias de mi tia y vuestra madre, Doña Juana de Carbajal.

—¿Es decir que ya no la ama, que no puede amarla?

—La ama como se ama á una hermana desgraciada, á

una hermana que pronto irá á encerrarse para siempre en un claustro.

—¿Y se acuerda de mí Don Leonel? ¿y os ha hablado de mí?

—Sí, señora, aunque con tristeza, porque le hicieron creer que vos habíais huido del lado de Martin para poder uniros con el que fué vuestro esposo.

—¿Infames! ¿Y quién puede haber dicho semejante calumnia? ¡Oh! ¿y él lo ha creído? ¿y vos no le dijisteis que era eso una maldad, que yo no podia hacer semejante cosa?

—Perdonadme, señora; pero vos comprendereis que yo nada sabia.

—¿Pero él me ama? ¿me ama á mí? decidme la verdad.

—Creo que mas que antes.

—¿Ay, Dios mio! ¡qué feliz soy! libres los dos, me ama! me ama! ¡ah! es preciso que yo le vea, que le hable, que le explique: acompañadme, señor; vamos á verle ahora mismo, inmediatamente.

—No, señora; permitidme que os advierta que en estos momentos, cuando vuestro esposo acaba de morir, cuando la pobre Catalina está sumida en el mas profundo dolor, no debeis ir á la casa de mi hermano; seria causar un escándalo, seria mal visto.....

—Teneis razon; pero yo necesito verle, hablarle, y no me es posible contenerme; temo que algun nuevo incidente, que algun acontecimiento funesto, turbe ese porvenir que ya miro tan bello y tan claro.

—No temais, señora; Dios os ha protegido y os hará feliz, os lo aseguro: además, yo voy por mi hermano, y volveré dentro de poco tiempo.

—¿Qué bueno sois, hermano mio! permitidme que os dé ese nombre.

—Sí, llamadme hermano, porque os amo como á una hermana.

—Pero id, id, no os detengais, os lo suplico.

—Voy en el instante.

—Y volved pronto y con él.

—Volveremos.

—¡Dios os bendiga, hermano mio! ¡Dios os bendiga, porque me habeis traído la dicha y la felicidad!

XXXIX.

Continúase tratando de la misma materia que en el anterior.

EL Padre Salazar tomó su sombrero, y salió de la casa de Doña Esperanza verdaderamente satisfecho; entreveía ya la felicidad para su hermano y para aquella jóven á quien amaba como si hubiera formado siempre parte de su misma familia.

Llegó así hasta su casa, y se dirigia al cuarto de Don Leonel, cuando de la puerta de una de las habitaciones que habia en el corredor, oyó que le llamaban.

Era Catalina.

El Padre Alfonso entró, y Catalina cerró la puerta.

La jóven estaba ya serena, y en su rostro se notaba la conformidad de la mujer cristiana despues de una de esas tempestades de la vida que hacen cambiar completamente al corazon.

—Entra, hermano mio, entra, y hablaremos un poco; necesito oírte, porque veo en tí al sacerdote y al hermano, y tus palabras serán las de la religion y las del cariño.